



radas desde los más remotos tiempos; formaban una república federativa, cuya constitución se asemejaba mucho á la liga aquea. Se reunían para deliberar sobre asuntos públicos; tenían su jefe, el liciarca, y también sus magistrados (1). El origen de esta institución es incierta: véase á los lidios libres antes del período persa cuando sucumben al ataque de los capitanes de Ciro (2). Aunque no se habla expresamente de ningún sátrapa de Licia, sin embargo, sus revoluciones prueban que estuvieron sumisos al Imperio (3). Las relaciones de los panfilios eran las mismas: sus costas eran con frecuencia el puerto de las escuadras y ejércitos persas. Los bárbaros de la Pisidia, por el contrario, fuertes en las cimas de sus montañas, se cuidaban tan poco de los persas, que consideraban un deber de los sátrapas el guerrear con ellos (4). La Cilicia, mucho más extensa, nos ofrece el mismo espectáculo. Este país comprendía, en medio de sus altas montañas, en particular al Este, grandes llanuras y valles de una fertilidad extrema, que producían en abundancia trigos de todas especies y también frutas y viñas.

- (1) Strab., pág. 980.
- (2) Herodoto, I, 28, 176.
- (3) Diod., II, pág. 74.
- (4) Jenofonte, Anab., I, Op., pág. 244.

Por estas comarcas es por donde pasaba la gran vía, que desde las altas montañas de la Licaonia conducía á Tarsis, su capital, ciudad considerable, rica y magnífica, sobre el Ciduo. Por este camino es por donde Jenofonte, en seguimiento del joven Ciro, entró en la alta Asia (1). La Cilicia tenía entonces su propio soberano, Syeunesis, que aunque tributario, llevaba sin embargo el título de rey, y que fué tratado como enemigo por Ciro, hasta que se decidió á ofrecerle sus presentes. Los límites de su territorio, no solamente no estaban bien determinados, sino que los correos persas estaban encontrados con los correos de Cilicia, y los desfiladeros de las fronteras estaban cerrados con puertas. Sin embargo, se hallan algunos sátrapas en este país (2). En las escuadras de los persas había continuamente navios de Cilicia; y no obstante, Jenofonte da á este país las propiedades del imperio (3). Hé aquí una prueba evidente de que los persas, en sus primeras conquistas, dejaron á la Cilicia como á otros tantos países, sus soberanos y sus constituciones, y de que su dominación fué incierta y dependiente de las circunstancias.

- (1) Jenofonte, I, c., pág. 248.
- (2) Arrieno, II, 4.
- (3) Jenofonte, Op., pág. 427.



...de las montañas de la Licaonia...
...de las montañas de la Licaonia...
...de las montañas de la Licaonia...

Siria.—Fenicia.—El Irán.—Su posición geográfica.—Sus costumbres.—Comercio.—Colonias. Hábitos.—Tradiciones

Otro de los países situados de este lado del Eufrates, es el formado con las comarcas comprendidas por los griegos con el nombre de Siria. Mas esta denominación es tan vaga é incierta, que es necesario ante todo determinar bien el sentido. El nombre griego de Siria corresponde en su más lata extensión al nombre oriental de Irán, y designa todos los países habitados por el pueblo de los trameos ó sirios. Comprende no solamente las provincias de este lado del Eufrates, sino también la Mesopotamia y la Babilonia, igualmente que la Asiria propiamente dicha, ó el Kurdistan, del otro lado del Tigris. Con frecuencia confunden los autores griegos y romanos la Siria con la Asiria. La Siria comprendía la vasta llanura desde el Mediterráneo hasta los montes armenios y persas, donde se hablaba un solo idioma general, aunque en diferentes dialectos; lo que prueba que una sola población se había extendido por estas comarcas. En su acepción más estricta, compréndese, por el contrario, bajo el nombre de Siria, los países de este lado del Eufrates situados entre este río y el Mediterráneo. Unas veces se incluyen también aquí la Fenicia y la Palestina, y otras se les excluye; particularmente la Fenicia, cuyos habitantes, aunque del mismo origen, se distinguían como comerciantes y navegantes de las poblaciones colocadas en el centro. Eran de un carácter afable y tranquilo, que es propio ordinariamente de los habitantes de las llanuras grandes y fértiles. Fueron varias veces conquistados por extranjeros, sin figurar ellos jamás en la historia de los grandes conquistadores. Sin embargo, los soberanos de algunos pequeños estados, que componían este país, especialmente los de Damasco, intentaron extender su dominación, y lo consiguieron algunas veces. Por regla general, gustaban mejor dedicarse al cultivo de su suelo, que producir en muchos lugares vi-

...de las montañas de la Licaonia...
...de las montañas de la Licaonia...
...de las montañas de la Licaonia...

no (1), trigo (2) y otras especies en abundancia, ó bien cuando la naturaleza del suelo no lo permitía, al cuidado de sus ganados, y en especial al de sus ovejas. Estas ricas y fértiles regiones se extendían principalmente á la parte septentrional, allí donde la cordillera de montañas de la Fenicia, que desciende á lo largo del mar, se divide en dos brazos, el Libano y el Anti-Libano, y cuyas cimas, cubiertas de bosques, comprenden uno de los más deliciosos valles de la tierra, conocido entre los griegos, á causa de su situación, por la Baja-Siria (Celesyria). Considerada como la parte principal del país, se la nombra con frecuencia sola, aunque trate de toda la Siria. El resto era una llanura continua, cuya fertilidad disminuía á medida que uno se alejaba de las montañas y se aproximaba á la Arabia. La falta de agua la transformaba en un verdadero desierto; no se veían más que tribus nómadas con sus rebaños y con tiendas, y no había señales de ciudades ni de moradas fijas (3). Sin embargo, este mar de arenas contenía algunas partes fértiles sobre uno de los puntos cultivados; allí se alzaba la ciudad de Palmira, tan famosa por sus ruinas y donde se detenían antes las caravanas de la India y de la Persia que iban á Tiro y á otras ciudades comerciales de Fenicia, situadas en las costas del Mediterráneo. Otras populosas ciudades había también, ó en el Norte, ó en las comarcas montañosas, como Damasco, que fué algún tiempo capital del país Caliban ó Haleb, etc., etc.; y por último, sobre el Eufrates, como Tapsaca, Circesium ó Carchenósch, más

- (1) En la comarca del Catibon, que producía el vino más exquisito. Strab., pág. 1068.
- (2) Sobre todo trigo, que no había otro mejor que en Palestina.
- (3) Strabon, pág. 1093.



ordinariamente conocida por bañarla este río. Las comarcas menos fértiles estaban sembradas de pequeñas palmeras, mientras que las cimas elevadas del Líbano y del Anti-Líbano estaban coronadas de bosques, de cedros y de otras varias clases de maderas, que ofrecían inagotables recursos á la arquitectura civil y naval de las ciudades de Fenicia. Esta Siria propiamente dicha era considerada por los persas como simple provincia; su caballería podía fácilmente atravesar aquellas vastas llanuras y obligarlas á su obediencia. La posesión del país les era tanto más importante, cuanto que aseguraba sus comunicaciones con el Egipto, y cuanto más se esforzaban los egipcios por sustraerse á su dominación, más cuidados ponían los persas por conservarla. Siguiendo las relaciones de los analistas hebreos, Esdras y Nehemías, parece que la Siria no formaba entonces más que una sola satrapía, cuyo jefe se le cita ordinariamente con el nombre de gobernador de allende de las aguas (1). Es indudable que comprendía también la Palestina, aunque los judíos tuviesen algunas veces gobernadores de su propia nación (2). Más tarde se distingue la Celesiria unida con la Fenicia (3); lo que hace verosímil que la Siria estuviese muchas veces dividida en dos satrapías. La residencia ordinaria de los sátrapas sirios era Daroca á veinte leguas al Oeste de Lapsaca, sobre el Eufrates, donde había un palacio y grandes jardines de recreo, que fueron destruidos por el joven Ciro (4). La residencia de los sátrapas de Celesiria era probablemente Damasco; pero nos falta en este asunto testigos explícitos. Las grandes ciudades comerciales de la Fenicia, gozaban de grandes privilegios, aunque el país á que pertenecían estuviese generalmente comprendido en la satrapía de Celesiria, según el catastro de la Persia.

Los persas no debían desconocer la importancia de aquellas ciudades, no solamente por sus riquezas, sino más bien porque estas habían de asegurarles con sus escuadras la soberanía sobre el Mediterráneo. Además, estaban sumisos de buen grado al primer conquistador de la Persia (5) porque calculaban y probablemente con acierto, que los tributos que tenían que pagar les costaría menos que un sitio y que un asalto, cuyo recuerdo, desde los conquistadores asirios y babilonios, no se había aún borrado. Esta

(1) Esdras, 6, y en otros lugares.

(2) Nehemías, 2, 7, 9.

(3) Dic. Sic., II, pág. 261.

(4) Jenofonte, Anab., op., pág. 254.

(5) Herodoto, III, 19.

sumisión espontánea les aseguró el mantenimiento de sus contribuciones, y hasta de sus jefes ó reyes. Las obligaciones se limitaban á pagar los tributos que el sátrapa vecino cobraba y á suministrar contingente para la escuadra de sus expediciones, y á este precio compraban la estabilidad de un gran comercio continental en el imperio persa. Mostraron á sus soberanos una adhesión, y una fidelidad que no pudieron quebrantarlas más que en algunas ocasiones.

La gran llanura comprendida entre el Tigris y el Eufrates, forma un triángulo casi isósceles, cuyos lados son los ríos, y la base la cordillera del monte Tauro, que la limita al N. Los griegos la dieron, á causa de su posición, el nombre de *Mesopotamia*, país entre dos ríos; pero esta denominación no era conocida aún en la época de los persas, pues que se la consideraba entonces, ó como parte de la Siria, toda vez que la tribu de Siria se había extendido hasta allí, ó como distrito de la Arabia, por las muchas hordas árabes dispersas en sus llanuras. Los nombres de Siria, ó bien de Asiria y Arabia, se la han dado alternativamente (1).

Esta comarca, llamada más tarde Mesopotamia, es muy variada en cuanto á la naturaleza su de suelo. La parte más dilatada en todo el país central, es una llanura desierta de una extensión inmensa, sin la menor elevación ni desigualdad, falta de maderas y de aguas, si se exceptúan algunos ríos, que en la estación primaverales están ya completamente secos.

Algunos pequeños arbustos y algunas plantas algún tanto odoríferas, especialmente el ajeno, son sus principales productos. No hay más habitantes que las hordas nómadas que salen de la Arabia, ó que descienden de las montañas del Norte. Muchos distritos estaban hasta desprovistos de yerba; pero en cambio se ven allí en considerable escala los animales del desierto, como salvajes y avestruces. Los primeros, retirados actualmente hasta las llanuras mogolas y desiertos de la Persia, vivían allí en rebaños; se les cazaba á caballo y á pié por medio de redes (2). El avestruz, que se encuen-

(1) Por todas partes lleva el nombre de Siria, ó bien de Asiria, cuando en él va comprendida también la Babilonia. Jenofonte la llama Arabia; de estos apuntes es de donde nosotros hemos tomado la siguiente descripción. Véase Anob. Op., 255. Ni Jenofonte ni Herodoto conocían el nombre de Mesopotamia.

(2) Este animal, descrito por Aristóteles, *Historia animal*, VI, 24, 36; y sin duda es el *deiggetai* de los mongoles, de quien Palos ha hecho una descripción tan interesante. Nuevas noticias sobre el Norte, II,



tra tan frecuentemente en los desiertos de Africa y de la Arabia, apenas se encuentra hoy en Mesopotamia.

El país era más fértil y estaba más cultivado en las riberas del Eufrates y á la extremidad del Norte, al pié del Tauro. Allí había varias ciudades bastante considerables, como Circesium, Anthemusios y otras, cerca del Eufrates; y Zoba ó Nesivis, al Norte. Estas ciudades datan de la más remota antigüedad; sus habitantes eran en su mayor parte sirios.

También esta comarca estaba comprendida por los persas en la satrapía Siria; pues parece que ellos se ocuparon poco de la Mesopotamia desierta (1). La parte meridional, que comprendía el distrito de la Babilonia, estuvo siempre separada, en la época de la Persia, del resto de la Mesopotamia. Una muralla de ladrillo hecha con una especie de betún, conocido con el nombre de *médique* (2), se extendía desde el Eufrates hasta el Tigris, y separaba la Babilonia del desierto. Esta muralla no tenía otro fin que defender á aquel rico país contra las invasiones de los nómadas bandidos.

La Babilonia formaba ella sola una satrapía. Aunque una de las más pequeñas por su extensión, superaba, sin embargo, en riquezas y en poderío á todas las demás provincias de la Persia (3). Las montañas, límites de la Mesopotamia ó del Norte, estaban habitadas en parte por tribus bárbaras y belicosas, y no estaban ya sumisas bajo la dominación de los persas. Todos los pueblos que estaban situados en lo largo del Tigris, desde la pequeña ribera Gentrites (Kabun), hasta la frontera de Almerica (4), y que se extendían hasta las riberas del Mar Negro, en la Capadocia del Ponto, nos son conocidos por la interesante descripción de Jenofonte, que ejecutó en estos lugares su retirada á la cabeza de diez mil hombres.

Allí encontró en primer lugar á los carducos, cuyas altas y encrespadas montañas abrazaban los orígenes del Tigris y del Eufrates. Habitaban las villas, y establecidos en los valles, tenían viveres en abundancia. Proyectaron toda clase de tentativas por subyugarles, y

pág. I, etc. M. Porter le halló en el desierto de la Persia, y tuvo la suerte de matar uno, cuyo dibujo nos ha trazado. Porter, Travels, vol. I, pág. 459.

(1) En la *Ciropedia*, t. VIII, pág. 230, hay una satrapía llamada Arabia. No nos atrevemos á determinar si por esta es necesario entender la Mesopotamia, ó la Siria oriental, ó bien las dos.

(2) Jenofonte, Op., pág. 282.

(3) Herodoto, I, 192.

(4) Jenofonte, Anob., Op., pág. 322.

hasta habían destruido poderosas armadas (1). Tampoco los sátrapas vecinos pudieron entrar en relaciones con ellos, á no ser mediante tratados. Era además un pueblo rico, sus viviendas estaban bien construidas y provistas de muchos utensilios de metal. Tal era la abundancia del vino, que lo conservaban en cisternas ó algibes (2). Más al Norte vivían los caldeos, en sus ciudades, y no eran menos guerreros que los carducos. Llevaban corazas de hierro, largas picas y sables cortantes, de que se valían para degollar á sus enemigos. Venían después los habitantes de Fasis y los taoquios del interior de las montañas; después los macronios, vestidos de paño burdo; los de la Colquida, en el mar Negro, y los mosinecios, los más salvajes y los más bárbaros de todos estos pueblos en la parte Oriental del Ponto. A este pueblo se unían los caribes, que estaban sumisos á su autoridad, y cuyas minas de plata eran ya muy conocidas en tiempo de Homero. Pero Jenofonte no encontró en este país más que minas de hierro, cuya explotación les proporcionaba entonces su subsistencia (3). Todos estos pueblos, aunque tenidos como mercenarios en los ejércitos persas, se inquietaban poco ó nada por los persas, porque la naturaleza de su país ó de sus plazas fuertes les garantizaban suficientemente contra las invasiones de estos conquistadores.

Había en estas montañas otro país más extenso, que estaba sumiso al imperio, y que formaba una satrapía, la Armenia (4). La situación que ocupa la hace ser uno de los países más elevados del Asia. Está por todas partes rodeada de montañas, y la temperatura es allí tan fría, que aun en la estación más rigurosa de calor cae con frecuencia mucha nieve, y hace que los caminos apenas estén transitables. Sin embargo, hace calor, y hay países fértiles en los valles y en las bajas comarcas meridionales. El trigo, el vino, las legumbres, son allí abundantes, y el cuidado de sus ganados (5) fué siempre la ocupación principal de sus habitantes. En la época de los persas no habitaban

(1) Jenofonte, I, c., pág. 356.

(2) Porter, Travels, I, pág. 130, pinta la gran riqueza natural del país. Las montañas están cubiertas de bosques. El vino se recolecta sin cultivo y en poco tiempo. Hay arroz, granos y trigo en abundancia.

(3) Jenofonte, Op., pág. 354.

(4) Jenofonte lo dijo expresamente de los carducos, de los taoquenos y de los caldeos, I, c., página 356.

(5) Strab., pág. 800, etc., y para lo siguiente, la bonita descripción de Jenofonte. *Anob. Op.*, página 327, etc.



ciudades y hasta el mismo sátrapa vivía en cabañas, ó bien cavernas en el interior de la tierra, donde acostumbraban á encerrar á los animales. Cada pueblo tenía su juez, al que se le consideraba con mucho respeto, y á quien le era permitido coger, á falta de víveres, todo lo que fuese necesario. Había, por regla general, en este pueblo una gran sencillez de costumbres y una hospitalidad casi patriarcal. No tenían aún el espíritu comercial, y no estaban acostumbrados á largos viajes. Se dedicaban ya al comercio en tiempo de los persas, pues hacían grandes negocios con Babilonia, donde llevaban su vino por el Eufrates (1). Traficaban también con Tiro y las demás ciudades fenicias, que les compraban sus ganados, particularmente las mulas y caballos. Estos eran tan estimados, que estaban obligados á dar, en forma de tributo al monarca, veinte mil (2). Eran más pequeños, pero más vivos que los de Persia; pertenecían á la raza meda, de la que aún nos hemos de ocupar. Dados estos precedentes, vamos á dar una idea de los más importantes países de la monarquía persa, asiento del pueblo dominante, y que comprendían las capitales del Imperio. Se los consideraba entonces, y aún en nuestros días, bajo la denominación de Persia, aunque el Farsistan ó patria primitiva de los persas no ocupa más que una pequeña parte. En Oriente eran conocidos desde la más remota antigüedad con el nombre genérico de Irán (ó Ariana entre los griegos) (3), y sus habitantes, mientras tenían moradas fijas y constituciones políticas, se llamaban iránios, en oposición á los turanios ú hordas nómadas del Asia Central. La geografía de los pueblos, y en par-

(1) Herodoto, I, 194.

(2) Strab., pág. 797.

(3) Es preciso distinguir bien en los autores griegos los nombres de Aria y de Ariana. El nombre de Aria pertenece á una provincia que más adelante determinaremos; el de Ariana, es el mismo de Irán, cuya etimología parece venir de la palabra Eriene de la antigua lengua zenda. Todo el Irán tiene la forma aproximada de un gran cuadrado, cuyos lados, Oriental y Occidental, son el Tigris y el Indo; el lado Sur, el Golfo Pérsico y el mar de las Indias; y por último, el lado Septentrional, el mar Caspio, los montes Taurus y el río Oxus. La Ariana de los griegos, tiene las mismas fronteras (Strab. p. 1048), exceptuando el lado Occidental; pero estaban determinadas arbitrariamente, puesto que la Persia propiamente dicha la excluían. Aria no es en Strabon más que la parte fértil de este país.

Herodoto no conoce el nombre de Ariana, y no hace mención más que del pueblo Aris, como hermano de los Medas, VII, 62, 66.

ticular de los Orientales, se funda ordinariamente en esta división; nuestro país, y también los que no lo son. Por variada que sea la naturaleza de estas extensas comarcas, cuatro veces por lo ménos más grandes que la Alemania, gozan de un clima delicioso, exceptuando las regiones montañosas. La fertilidad, más ó ménos grande, depende de la cantidad más ó ménos considerable de agua que tengan. No había agua en algunas regiones, y se proveían de ella haciendo en los ríos canales ó dividiéndolos en varios brazos. Así el Oxus, dividido en cuatro, regaba una gran llanura (1). Ciro pasó todo un verano en dividir el Guindo en una multitud de canales (2). Sin embargo, de las regiones que no tienen ríos no falta muchas veces el agua, con tal que haya bastantes habitantes para recogerla en cisternas y hacer pozos, ó buscar fuentes y conducirlos por medio de canales subterráneos de un lugar á otro (3). Esta observación, hecha por los viajeros modernos, los más dignos de fe, explican este fenómeno, de que muchas comarcas, constandingo en la antigüedad las más ricas y más florecientes, hayan tomado un aspecto muy diferente en los modernos. Una sola invasión, que destruyó los conductos hidráulicos, basta para cambiar en desierto al país más fértil.

La Persia propiamente dicha, (Far., Farsistan) (4), merece desde luego nuestra atención como país principal. Formaba una satrapía (5) independiente de la Susiana (Kusistan), que la separa de Babilonia, aunque antiguamente se los encuentra unidos á estos dos países. De una extensión poco más ó ménos que la Hungría, ofrece esta comarca, sin embargo, mayor variedad (6). La parte más meridional, ó Costa del Golfo, de quien ha tomado el nombre, es una esplanada arenosa, casi inhabitable en los meses de verano por el calor y aridez del cli-

(1) Herodoto, III, Su Aces, es probablemente el Orcees.

(2) Herodoto, I, 189.

(3) Morier, *Journey to Persia*, II, p. 163, nos hace una relación exacta de la construcción de los canales y manera de hacerlos. Palybe (X, 23, 3), lo describe con relación á los antiguos persas.

(4) *Pars* es la pronunciación persa, y *fars* la pronunciación árabe. La desinencia de *stan* es persa, y significa país. Esto explica los nombres de los países del Asia superior, donde se habla la lengua persa; que concluyen casi todos por *stan*. Así, Farsistan, Indostan, Kurdistan, país de los persas, de los indios, de los kurdes, etc.

(5) Arrieno, III, 8.

(6) Strabon, p. 1027; Chardin, I, p. 6, etc.



ma y por los perniciosos vientos que soplan de los desiertos de Kerman. Del lado del mar, el país es casi inaccesible, porque la ribera llana, sin bahías, no tiene puertas más que en algunos puntos; pero á alguna distancia del mar, ya se eleva el país, por decirlo así, en forma de terraplen. Sobre estos terraplenes se ven algunas colinas regadas por varios ríos pequeños, cubiertas de ricas praderas y sembradas de rebaños y de pueblecitos; frutas de todas especies crecen allí en abundancia.

Por último, en la parte Septentrional, estas risueñas comarcas son reemplazadas por las altas montañas incultas, que son la prolongación de la cordillera del Taurus, y que, aun comprendiendo algunos fértiles valles, no pueden ser habitados más que por pueblos nómadas y pastores, puesto que se prestan apenas á la agricultura. El suelo es árido é ingrato, el dulce clima del interior del país es rudo en estas montañas, que aun en la hermosa estación se las ve cubiertas de nieve. Sin embargo, este país fué el asiento primitivo de los que, andando el tiempo, habían de dominar el Asia. Endurecidos por la aspereza del aire de sus montañas, les fué fácil vencer á los pueblos muelles de los llanos. Pero la política, por más que los uniera á su tierra estéril, les hizo sucumbir bien pronto á las tentaciones del lujo, y prepararon así ellos mismos la ruina de su imperio (1). Si la Persia es notable en sí misma por la historia, lo es mucho más por los vestigios que nos ha legado de su arquitectura, y que aun hoy conocemos. Las ruinas de Persépolis son el monumento más importante que el tiempo nos ha conservado del período más floreciente de este pueblo. Solitarias y únicas en su género, se destacan por encima del Océano del pasado que ha sumido en su seno todos los monumentos en su derredor, y ha quitado á nuestra vista, muchos siglos há, Babilonia y Susa. Su antigüedad y la majestad de las formas, inspiran veneración; su arquitectura excita la curiosidad del viajero indiferente. Sus columnas no pertenecen á género alguno conocido; sus alfabetos é inscripciones enigmáticas, sus animales fabulosos que se ven á la entrada, la inmensidad de alegorías y de figuras que encubren las murallas, todo, en fin, nos hace recordar en nuestra imaginación aquellas regiones débilmente esclarecidas por la luz incierta de las tradiciones de Oriente. La cuestión que se nos presenta sobre si se sabe lo que era Persépolis, no está aún resuelta en conformidad á la crítica histórica. Sin embargo,

(1) Herodoto, IX, 122.

podría saberse, puesto que los viajeros y pintores que allí han ido han hecho cuanto les ha sido posible, y nos han suministrado abundantes materiales (1). La opinión general había hecho de Persépolis la capital y residencia de los reyes de Persia. Pero si se penetra en el verdadero sentido de la antigüedad, se verá que esta opinión tiene muchas inexactitudes. Ninguno de los autores contemporáneos, hebreos ó griegos, cita el nombre de Persépolis. No sale de la oscuridad sino despues de la decadencia del imperio persa; y en la época de su destrucción es cuando empieza su gloria. Los autores antiguos conocen, sin embargo, muy bien las otras ciudades principales de aquel gran imperio.

Herodoto, Ctesias, Nehemias, Jenofonte y otros, hablan con frecuencia de Susa, de Babilonia y de Eebactana.

Es, pues, cierto que Persépolis no puede colocarse en paralelo con las demás capitales del imperio. No fué una residencia particular, ó al ménos permanente, de los soberanos de aquella monarquía. Sin embargo, los historiadores más dignos de fe la llaman la capital de todo el imperio (2), y la conducta de Alejandro, que no haciendo caso de Babilonia y Susa, creyó vengarse de Persia y completar su triunfo destruyendo á Persépolis, prueba que esta ciudad tenía un destino más alto. Esta oscuridad enigmática en que Persépolis está envuelta, aumenta más el interés que inspira.

La crítica sola puede esclarecer estas tinieblas. Nos conducirá probablemente por vías hasta la actualidad impracticables á un punto de vista más elevado, desde el cual se disiparán las densas nieblas del pasado, para abrirse paso una perspectiva más libre sobre los campos de la destrucción y las ruinas.

Para explicar lo que era Persépolis, es necesario saber desde luego lo que es hoy.

Procuraremos dar á nuestros lectores una

(1) Entre los primeros viajeros que hablan de Persépolis, citaremos aquí los tres principales: el Brugn (*Viaje al Levante*, vol. IV, pág. 301, etc.), Chordin (II, pág. 140), y Niebuhr (*Viaje al Arabia*, etcétera, II, pág. 121, etc.) Pero por reconocidos que nos debemos mostrar, sin embargo, sus relaciones y sus dibujos están bajo las investigaciones del último viajero inglés, sir Robert Ker Porter (t. I de sus *Travels*). No solamente hubo en sus antecesores la ventaja de más descanso y de más larga morada en aquellas comarcas; pero les es tan superior aún como dibujante, que esto sólo le aseguraría el primer puesto, si no lo mereciera ya por la gran fidelidad y conciencia que despliega.

(2) Se la llamaba *Caput reginae*; Brison, I, c., página 96.